



Pedro Juan Vignale y César Tiempo

▽△

De Exposición de la actual poesía argentina (1922-1927)

▽△

Francisco Luis Bernárdez

(1900)

▽△

Epitafio a una mano de labrador

En el pentagrama del labradío
escribiste la música del trigo.

Tu erudición de soles y trabajos,
predicando palabras de sudor
halló crucifixión en el arado.

5

La noche de su artesa repoblaste
de un universo lúcido de panes.

La amistad cotidiana de la tierra,
contagiándote toda, de tus dedos [108]

hizo las cinco puntas de una estrella.

10

Crispada estás cual remansado río,
la eternidad es tu primer Domingo.

▽△
▽△

Puerto

En la cuna de la marea
se briza toda mi nostalgia.

Las banderas, como gaviotas,
hablan idiomas de nostalgia.

En el Gólgota de los mástiles
se crucifica mi nostalgia.

5

Con el pañuelo de las velas
el puerto enjuga su nostalgia.

El barco, como Jesucristo,
enarbola la cruz del ancla.

10

Y la brújula se despierta
como una niña asustada,

en el regazo del navío
estremecido de nostalgia.

(Alcándara.)

▽△
▽△

Al pan de centeno

Letanía de imágenes

Hermano pan: en el mantel de lino,
tu perfil bondadoso es una mano, [109]
una mano morena de aldeano

que acaricia su nieto campesino.

La corteza rugosa de tu hogaza
recubre esa energía que se encuentra
bajo la arruga maternal del haza
o de la frente que se reconcentra. 5

La misma gota de sudor fecundo
que te engendraba, te enseñó la norma
para copiar esta encendida forma
que te asemeja exactamente al mundo. 10

Tu figura es simbólico concierto,
equilibradamente resumido,
de humanidad de torso descubierto
y santidad de vientre concebido. 15

Con el amor que al Serafín condujo
cuando imitó la perfección divina,
tu curva cariñosa reprodujo
la curva familiar de la colina. 20

Como una mano franciscana sobre
una pureza de sobrepellices,
sobre el litúrgico mantel bendices
esta felicidad de mesa pobre...

▽△

▽△

Paradigma

En la hostia trival me reconcilio
con el espíritu del Nazareno,
mientras la eucaristía del centeno
me consubstancia con el de Virgilio. [110]

Cuando tu verso te desobedezca
come un mendrugo de centeno, para
que tu emoción estremecida crezca
como simiente agraz que germinara. 5

Y sentirás conmigo lo que siento
si desde mi tristeza se levanta
la audacia vertical de un sentimiento
sediento de altitud como una planta. 10

Cuando la eucaristía se te vuelva
vitalidad de sangre en cada fibra,
tu sensibilidad será una selva
que con el viento mínimo reviva. 15

Sentirás una lágrima que silbe
desde tu corazón, hecha ternura,
como agua fervorosa que procura
la libertad celeste de la nube. 20

Sentirás un arroyo en cada vena,
en cada mano sentirás un nido,
y un ensalmar latino de colmena
sentirás en tu pulso enfebrecido.

Sentirás que tu verso te obedece
con sumisa firmeza de bastón
y con sinceridad que se parece
a la sinceridad del corazón. 25

▽△
▽△

Ruego

Para ser más honrado cada día,
con tu pobreza de estameña parda:
recuérdame la tierra que me cría, [111]
recuérdame la tierra que me aguarda.

Y mi sinceridad será imponente
como el silencio que se posiona
del hijo pródigo que se arrepiente
y del padre feliz que lo perdona. 5

(Inédito)

Alegoría pausada que se llama Delia

Este poema tiene un día dormido entre los brazos.
 Este día se vuelve poniente al oeste del pecho.
 Este poniente siente una calle pasar por sus venas.
 Esta calle sube al cielo frente a una casa.
 Esta casa abre las alas cuando yo llamo. 5
 Estas alas amparan el sueño de almendra de Jacqueline.
 Jacqueline es el retrato de una chica de once años.
 Esta chica me acerca diez horizontes con los dedos.
 Estos horizontes tienen una luna sentada en las rodillas.
 Esta luna nació en una ventana mía, que ya no canta. 10
 Esta ventana recobra su cielo y yo regreso por los ojos.
 Estos ojos han visto a una muchacha que sonrío.
 Esta muchacha reclina la voz en un pájaro que pasa.
 Esta voz es el eco de los pasos del atardecer.
 Este eco descansa mis caminos y enjuga mis estrellas. 15
 Estas estrellas, que son hijas de tu noche y mi frente.
 Esta frente, donde un rey de fuego gobierna un país de nieve.

(Inédito)

La niña que sabía dibujar el mundo

Aquella ciudad era muy pobre.
 Aquella ciudad era tan pobre que no tenía ni un solo día. [112]
 Todo su caudal se componía de noches y de noches.
 Aquella ciudad estaba muerta.
 Una vez, a la ciudad aquella llegó una niña.
 Una niña que sabía dibujar el mundo.
 Como la niña era buena se apiadó de aquella ciudad.

Y comenzó a dibujar las estrellas.

Dibujó millones y millones, sin cansarse.

Eran unas estrellas infantiles, igualitas a las que subieron al cielo.

Y estaban tan bien dibujadas que empezaron a brillar.

Después dibujó la luna.

Era una luna desganada y paseandera, como la que suele enriquecer nuestras noches.

Lo mismo le debió parecer a la niña, pues tomando su luna entre las manos la levantó sobre aquella ciudad.

Después dibujó las casas.

Las hizo a su semejanza, es decir, modestas y tranquilas.

Si les dibujó un patio abierto a cada una, fue para que el cielo las estuviera siempre gobernando.

Eran unas casas bajas y lisas y silenciosas como las que nos enseñan a vivir y como las que nos enseñarán a morir.

Y estaban tan bien dibujadas que empezaron a contentarse, despacito.

Después dibujó las calles.

Eran unas calles largas y rectas como un mástil de la guitarra.

Si las hizo iguales fue para que ninguna abarcara más dicha ni más pena que la otra y, para que el atardecer tuviera la misma intensidad y la misma latitud que todas ellas.

Eran unas calles como las que conoce nuestra felicidad monótona y vagabunda.

Y estaban tan bien dibujadas que empezaron a entristecerse, despacito.

Después dibujó las vidas de los hombres y de las mujeres. [113]

Dibujó muchachos como nosotros y muchachas como la novia de cada uno de nosotros.

Eran humanidades sencillas y mansuetas, con la docilidad del agua y también con su hondura luminosa.

Humanidades como las de todos los que, ahora y aquí, coincidimos en un momento de vida y de voluntad de vida.

Y estaban tan bien dibujadas que empezaron a morir, despacito.

Después, la niña dibujó todas las cosas del mundo.

Las presentes y las ausentes.

Como la niña era buena se las regaló a la ciudad aquella, que ya le pertenecía totalmente, con esa totalidad de poderío que tiene Dios sobre el pecado y el perdón.

La noche, que había visto el milagro, se persignó asombrada.

Así nació la Cruz del Sur.

Aquella ciudad se llamaba Buenos Aires.

Aquella niña se llamaba Norah Borges.

(Inédito)

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario